



TRAS NAVEGAR POR LA MAR Y POR NUESTRA HISTORIA, LLEGAREMOS A LA FASCINACIÓN DE LAS PERLAS

José CURT MARTÍNEZ
Biólogo



ESPUÉS de haber tratado de los moluscos y de los fósiles marinos, terminábamos nuestro capítulo del pasado bimestre con la colocación de una placa conmemorativa a los pies del primer vértice geodésico que se levantó en la península Antártica, bajo la dirección del Real Instituto y Observatorio de la Armada (ROA) para conectar el helado continente con el resto del mundo en la tectónica de placas. En letras de bronce se leía: «Aquí estuvo España, 9 de enero de 1989».

Puede que el lector ignore la profunda carga sentimental que intentaba transmitir tal leyenda. Pero, para poder medir lo que no es camisa de once



En medio de la nada, en un paisaje subantártico en cierto modo fértil, aparece este cartel anunciando la situación de la Ciudad del Rey Don Felipe. (Foto obtenida en 1990 por el hoy capitán de navío en la reserva Francisco Peñuelas González).

varas, tendremos que volver a finales del siglo XVI y disponernos a transitar por el estrecho de Magallanes a través de una de las gestas más dolorosas, inexplicables y heroicas de nuestra historia naval. El 25 de marzo de 1584, Pedro Sarmiento de Gamboa funda —a 56 kilómetros de lo que hoy es la urbe más populosa de la Antártida Chilena, Punta Arenas, con 130.000 habitantes— la Ciudad del Rey Don Felipe, cuyos restos se conocen actualmente con el impactante topónimo de Puerto del Hambre. Sarmiento, que había convencido a Felipe II de la necesidad de fortificar el Estrecho para cortar el paso a los piratas ingleses que ya andaban dando el latazo por el Pacífico y el Atlántico Sur, llega a la llamada bahía Buena —un nombre de tranquilizador

nuevo cuño— con unos barcos bien pertrechados y 337 expedicionarios, entre los que se contaban dos monjes franciscanos, 13 mujeres, 10 niños, 22 artesanos de oficios varios, 88 colonos y, el resto, soldados y marineros.

Nadie sabe cómo fue, pero el 10 de enero de 1587 desembarca en la zona el corsario inglés Tomás Cavendish y, en medio de un hedor insoportable, encuentra a la población del fuerte español «muerta como perros», según sus palabras, y a un único superviviente, Tomé Hernández, divagando entre cadáveres y enloquecido de soledad y pavor. No obstante, el dramatismo del encuentro no fue obstáculo para que el corso inglés procediese a dismantelar la artillería del fuerte español y a demoler las viviendas e instalaciones para embarcar leña y otros pertrechos de interés en la flota inglesa. Cavendish bautizó aquel dantesco lugar como Port Famine, el Puerto del Hambre.

El autor de estos espacios de biología marina divulgativa estuvo allí hace casi 30 años, acompañado por el entonces teniente de navío Pacote Peñuelas, el capitán médico de la Armada Asís Fernández Riestra y el brigada buzo Julio Pernas. Mejores y versados amigos y compañeros, imposible. Del Puerto del Hambre apenas quedaban cuatro muros irreconocibles, una tupida vegeta-

ción subantártica, un paisaje sobrecogedor, una mar vestida con el sopor de todas las gamas del gris, enmarcada por la crestería de la enfrentada Tierra del Fuego y un sencillísimo monumento, cuatro pedruscos, no más, con un cartel de grueso pincel y tosca pintura blanca, sin mucha antigüedad, en el que un desconocido había escrito: «Aquí estuvo España». Sin fecha. La recuperación del profundo significado de esta frase se debe a la sensibilidad del por entonces capitán de navío Manuel Catalán Pérez-Urquiola, a la sazón director del ROA, cuando a bordo del aviso chileno *Río Baquer* otros expedicionarios españoles visitaron la zona un año antes que nosotros.

Otra inscripción, cargada de emotividad, rezaba (escribo de memoria): «De mí, bien puede decirse que he sido mártir», seguramente en referencia a la tragedia sufrida por el espectral y único sobreviviente, Tomé Hernández. En lo que sí que estuvimos de acuerdo Pacote, Asís, Julio y quien suscribe es que el entorno no parecía sugerir una muerte por inanición masiva. Había cerca árboles con las aves típicas del lugar y oferta abundante de leña, una playa despejada con aspecto de ser querenciosa para los lobos marinos, cormoranes, petreles, gaviotas, pingüinos... Y también descartamos que las tribus de aborígenes coetáneas —onas, teguelches y aracalufes— pudieran ser los causantes de una matanza general que no hubiese pasado desapercibida a Cavendish. Además, poco podían guerrear aquellos indios que combatían desnudos, apenas cubiertos con pieles de guanaco, contra la artillería, las lombardas, falconetes, arcabuces y culebrinas con que los españoles se defendían y las



Indios tehuelches, bautizados patagones por Magallanes en referencia al gigante Primaleón de los libros de caballería. Combatían desnudos, cubiertos con pieles de huanacos y no parecen ser los responsables del desastre de Puerto del Hambre. Actualmente están extinguidos.
(Fuente: Internet).

RUMBO A LA VIDA MARINA

adargas, borgoñotas y bacinetes con las que se acorazaban. Ante tales suposiciones, los cuatro expedicionarios del *Las Palmas* convinimos en que la causa lógica de aquella mortandad total habría que buscarla en una intoxicación general por un alimento en mal estado, por la ingestión de algún alcaloide letal transmitido por algún molusco o crustáceo, por el contagio de una peste que se cebó en los españoles y que el sistema inmune de los nativos estaba en condiciones de resistir o por el envenenamiento de las aguas por un enemigo cuya autoría se nos escapa. Frente a tanta conjetura, la única verdad que nos queda es que, difuminada en el misterio de aquella tragedia, «Aquí estuvo España».

Dijimos también hace unos meses que los fósiles marinos tenían una gran importancia como medios de datación geológica. Al ser cada estrato de las formaciones rocosas sedimentarias como las hojas del gran libro de la sucesión de los tiempos, a cada una de ellas le corresponde un determinado fósil, y a cada fósil una edad precisa, que conocemos por métodos habituales de datación, como puede ser el carbono 14. Así, los fósiles de foraminíferos, esas criaturas unicelulares, inventoras de la concha como armadura protectora, son la mejor fuente de información en los sondeos petrolíferos marinos. Conociendo la datación de estos fósiles, abundantísimos en la infauna del bentos, y las condiciones de las muestras de roca extraídas, podremos vaticinar los metros de perforación que nos quedan hasta encontrar la «bolsa» del preciado «oro negro».

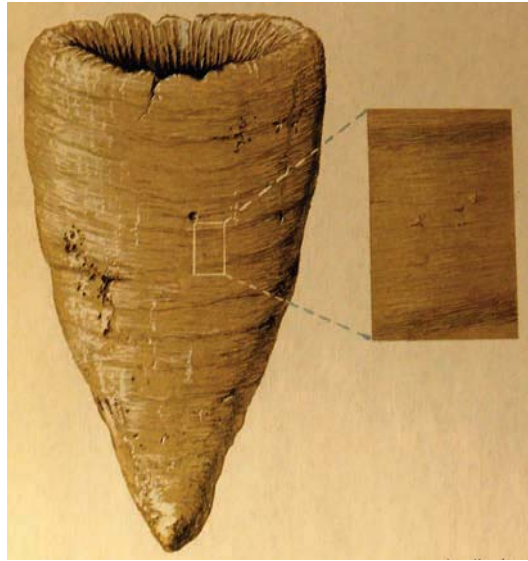


A la izquierda, un coral rugoso solitario del género *Placoxilia* del Cretácico de Lérida. Se observan varias barras de crecimiento. A la derecha, la caracola *Phalium saburon*, en la que destacan claramente las líneas de crecimiento. Cada siete de ellas, se forma una barra de crecimiento no necesariamente coincidente con un período anual. (Colección y foto del autor).

En la naturaleza y en los fósiles tenemos sobrados y patentes indicios que nos permiten medir el crecimiento de los seres vivos, su evolución y su relación con el *tempus* del medio que les rodeaba. Es el caso de los conocidos anillos anuales que se observan si seccionamos el tronco de un árbol o contamos las puntas de las cuernas de los cérvidos, los círculos concéntricos de las escamas de pescado o las líneas de crecimiento que se manifiestan claramente en caracoles (gasterópodos) y bivalvos (que no necesariamente coinciden con ciclos anuales), la dentadura de los equinos y en tantos otros casos, como las perlas. Todos ellos, con sus más o menos marcadas líneas de crecimiento nos permiten calcular con toda fidelidad la edad de sus portadores. Y si su crecimiento se puede relacionar con un concreto número de días, meses, años y tal ritmo coincide con el de los ciclos solares o de los lunares, cada bicho de estos puede actuar, por extensión, como calendario de la vida de la Tierra, de la Luna y del Sol y, de paso, de las órbitas celestes que rigen el orden del universo.

Las conclusiones que pueden extraerse del estudio de los fósiles rozan la ciencia-ficción. En fósiles de corales solitarios se aprecian muy bien las marcas de los ciclos anuales y, dentro de estos, los días que han tardado en completarse los supuestos períodos anuales. En el ejemplo de la figura de la derecha se cuentan 400 días (bandas de crecimiento) por año. De esta forma y desde el punto de vista geofísico, los fósiles de la Era Primaria nos confirman, nada menos, que los años solares de hace 600 millones de años tenían un mes más de duración que los actuales, en concreto una media de 424 días, obtenida a partir de varias especies de coral fósil. De estos datos se deduce que la velocidad de rotación de la Tierra decrecía con relación a la de hoy, y que se hacía más lenta cuanto más antiguo fuese el fósil, debido a las fricciones de las mareas generadas por el influjo que ejercía la Luna entonces.

El tema es algo más complicado que para explicarlo en cuatro líneas, pero podemos intentar hacer un resumen cierto y coherente, ya que el caso del nautilus, el pulpo que



En este coral solitario del Devónico se cuentan 400 líneas de crecimiento (aquí días) por cada banda de crecimiento (aquí años). Explicación en el texto. (Fuente: SEQUEIROS, L., 1989, *Atlas de los Fósiles*, Editorial Jover).

RUMBO A LA VIDA MARINA

fue la verdadera musa del submarino por tener el interior de su concha dividida en tabiques estancos, nos va a servir para aclarar y puntualizar los complejos conceptos vertidos en el párrafo anterior. El marino conoce muy bien los efectos del influjo de la Luna sobre diversos fenómenos terrestres; el más socorrido en nuestra profesión es el ritmo de las mareas. Ritmo que, a su vez, tiene una gran repercusión en la vida y en la evolución de las especies. Por ejemplo, el desembarco en tierra de las plantas y animales marinos se tuvo que gestar, seguramente, en bajamar viva, y se tuvo que ensayar y lograr el impulso final en una pleamar extrema. Y sin necesidad de irnos tan lejos, actualmente la multiplicación multitudinaria del gusano palolo, la puesta masiva y conjunta de huevos en muchos corales, la migración unísona de tantos y tantos animales, así en tierra como en la mar, los apareamientos generales de muchos seres considerados «inferiores» (como si en la naturaleza pudiese existir alguna criatura de esta talla) son procesos íntimamente condicionados por el reloj lunar. Y disponer de fósiles de hace millones de años cuyas especies aún perduran, caso de foraminíferos, nautilus, escorpiones



En 1980 dos afamados científicos defienden la asombrosa teoría de que «La historia de la Luna está escrita en la concha del nautilus». Explicación en el texto. (Foto del autor de un nautilus en la colección de moluscos de la Universidad Autónoma de Madrid).

—que antes de ser terrestres fueron marinos—, cocodrilos, cangrejo cacerola —que en realidad es una «araña»—, celacanto y latimeria, lampreas, esturiones, cucarachas —sí, como se lee, la «cuca» otro fósil viviente—, nos permite comparar el ambiente actual con el que debió de rodearles en la noche de los tiempos y extraer sorprendentes conclusiones.

Hablábamos del nautilus... En el año 1980, el afamado paleontólogo P. Khan y el físico S. Pompea (citados por Arturo Valledor, *Quercus*, núm. 185, año 2001) defienden una asombrosa teoría: «La historia de la Luna está escrita en la concha de los nautilus». Al estudiar las líneas de crecimiento de un ejemplar de nautilus actual, patentes en el exterior de su concha, descubren que cada uno de sus compartimentos estancos interiores se repiten cada 28 o 29 líneas de crecimiento. Siguiendo esta cadencia, ambos sabios convinieron en que cada una de estas líneas corresponde a un día y que la construcción de cada compartimento estanco está relacionado con un ciclo lunar. El descubrimiento era tan sugerente que a Khan y a Pompea les faltó tiempo para proceder a comparar la morfología del nautilus actual con la de sus fósiles de tiempos pasados. Los resultados aún fueron más sorprendentes: al contar las líneas de un nautilus de hace 30 millones de años, comprobaron que únicamente había 25 líneas de crecimiento por compartimento construido y que esta cantidad decrecía a medida que el recuento se efectuaba en fósiles cada vez más antiguos. La conclusión de estos estudios fue que el año lunar era más corto cuanto más atrás lo contemplásemos en el tiempo y que, por tanto, nuestro satélite giraba entonces a mayor velocidad y a menor distancia de la Tierra que lo hace actualmente. Es tan asombrosa y a la par tan atractiva esta teoría fundamentada en los nautilus que no le faltan detractores que la discutan con encono, aunque lo cierto sea que con respecto a las órbitas lunares alrededor de la Tierra, y las terrestres alrededor del Sol, se haya demostrado por medios astrofísicos que pueden haber sufrido considerables cambios en períodos tan dilatados de tiempo. Desde luego, hubo un momento en el que la órbita lunar se acercó tanto a la Tierra que provocó grandes cataclismos y trasvases de masas de agua, cambiando la faz de las líneas costeras y la topografía del interior de las masas continentales.

La púrpura es una sustancia que fabrican varios moluscos gasterópodos en su glándula hipobranquial, entre otros la «cañailla» (*Murex brandaris*), que tan bien conocen nuestros compañeros de San Fernando y El Puerto a la hora del aperitivo.

Aunque hoy día se asocia el color púrpura a un rojo bermellón intenso con cierto tono violeta, la verdad es que cada especie productora secreta una púrpura de distintas características y color, aunque el objetivo común de estos productos es el de actuar de eficaz repelente contra sus enemigos naturales, que son los pulpos, peces y cangrejos que los utilizan como alimento. Pero como nunca llueve en contra de todos, aquello que sirve para mantener a raya a tales depredadores desde la antigüedad ejerció una especial atracción en el



Cañallas, un múrce tintorial. (Foto de la colección del doctor Arturo Valledor, a quien agradecemos su colaboración).

superdepredador que es el ser humano. Y ¿por qué? Pues porque durante muchos siglos —y aún perdura su carisma en ciertos estamentos— se puso de moda reservar el uso de los colores de la púrpura para teñir los ropajes de los patricios romanos y de los gerifaltes fenicios, que fueron los señores del mar Mediterráneo y, aunque entonces no existía el papel *couché* ni el «famoseo», suponemos que su efecto publicitario pudo ser tan amplio como el que hoy tiene la Pasarela Cibeles. Además, el ringorrango de la púrpura ya venía cargado de historia, porque mucho antes los egipcios y los asirios la habían consagrado como signo de distinción para altos dignatarios y mandamases. Y es que, a diferencia de los tintes vegetales, que eran débiles y empalidecían con el tiempo, los teñidos con púrpura cada vez ganaban más fijeza, brillantez y esplendor. Y el pueblo, a vestir de trapillo.

Una vez extraída la púrpura producida por determinados caracoles marinos, se oxidaba con la luz ambiental, y bajo la acción del sol transformaba su color blancuzco original en una tintura de diversos tonos brillantes de gran belleza y singularidad que los romanos sabían manipular hasta conseguir el color deseado. Pero cómo lo hacían es un secreto que la ciencia no ha podido desvelar. De todas formas, al hablar del color púrpura no podemos referirnos a ninguno en concreto, sino a toda la gama de colores que andan por el violeta, morado, malva, magenta, azul, añil, amatista, cárdeno, carmesí, escarlata, roji-

zo, anaranjado. Y si a la excepcionalidad de que no había dos tejidos teñidos con el indeleble colorante de la púrpura que sean iguales añadimos la dificultad que suponía conseguir una pequeña cantidad de esta sustancia debido al complicado laboreo que exige su extracción y a la escasez de las caracolas purpuríferas, tendremos todos los ingredientes para comprender por qué la púrpura fue un producto de lujo, solo al alcance de los más privilegiados.

En la Roma antigua, cuna de nuestra cultura y de nuestras lenguas, el color púrpura, en principio, estaba restringido para el uso de los generales, cuyas capas y túnicas, ceñidas por el cíngulo, sustituían en tiempos de descanso a las armaduras y lorigas usadas en combate. Tales cargos eran los que soportaban «el peso de la púrpura», y de ahí que sus responsabilidades y categorías fueran las más importantes del Imperio. Los senadores y los pretores —de menor rango que aquellos— tenían limitado el uso de la púrpura a un adorno de dicho color en el cíngulo, bordes talares de las túnicas y bocamangas. Sin embargo, hacia el siglo IV la púrpura quedó reservada al uso exclusivo del emperador, y todos sus súbditos lo tenían prohibido en su indumentaria y escudos, incluidos los colores de imitación para evitar el consabido trueque del gato por liebre. Estos adornos fueron los antecedentes históricos de las togas, las bandas condecorativas, entorchados, galones y distintivos que actualmente se usan en la judicatura, la iglesia y en la milicia como exaltación jerárquica de los altos cargos.

El uso de la púrpura perdura hoy con su toque de distinción en las iglesias cristianas, limitado en la católica a los cardenales —los príncipes de la Iglesia encargados de elegir nuevo papa—, que visten sotana, muceta y birreta escarlatas. En tales dignidades, históricamente el color era el auténtico, el que procedía del producto extraído de los consabidos caracoles marinos. Por su parte, a los arzobispos y obispos, que también nutren el escalafón de los *purpurati*, los purpurados, también les estaba permitido vestir los colores de la púrpura, pero no el genuino, sino otro de imitación, digamos que un azul morado «de medio pelo». Como curiosidad añadiremos que la norma eclesial, tan rigurosa como nuestro Reglamento de Uniformidad, prescribe que, independientemente de la talla de su portador, las sotanas de cualquier clérigo, desde cardenal a sacristán, deben cerrar con 33 botones, en recuerdo de los años que Cristo vivió en la tierra. Por su parte, las bocamangas presentan cinco botones, pues según la tradición cinco fueron las llagas de la Pasión. Y la muceta cardenalicia va abrochada con 12 en memoria de los 12 apóstoles.

La púrpura en su versión morada ha adquirido en la liturgia más moderna un aparente sentido penitencial y de luto que en nada desdice de su carácter triunfal originario, ya que se considera el símbolo y la promesa de la resurrección de Cristo. Por esa razón, las imágenes de las iglesias se tapan con lienzos morados desde que empieza la Semana Santa hasta que se descubren el Sábado de Gloria. Y también por la misma razón, entre los nazarenos que acompañan los pasos de tantas procesiones predomina este color. La púrpura también



El 18 de julio de 1940 se crea la «Banda y el Cordón de la Victoria», vigente hasta 1989. Aunque su color se define como carmesí, alude claramente al carisma de la púrpura. (Fuente: Internet).

le gustaba mucho al Greco, en cuyos lienzos suelen aparecer las capas y túnicas de los personajes sagrados pintadas con su personalísima paleta de morados y malvas. Y yendo a nuestro terreno, recordemos que la faja militar que los oficiales generales llevan anudada a la cintura del uniforme es de un color rojo que implícitamente debe de estar relacionado con la impronta de la púrpura. En España su uso ha sido ininterrumpido desde el siglo XVI, cuando nuestros tercios dominaban los campos de batalla europeos y las costas y los mares de medio mundo.

El día 18 de julio de 1940 (BOE num. 200/40) se crea la

banda y el cordón de La Victoria para conmemorar el triunfo de los ejércitos nacionales en la Guerra Civil, comenzada en 1936 y terminada en 1939, años que quedan destacados en la leyenda de la abrazadera metálica de color dorado que conjunta ambos brazos de la banda destinada a oficiales generales, jefes y oficiales hasta el empleo de capitán, y del cordón para tenientes y alféreces (y los correspondientes de sus mismos grados en el Cuerpo General de la Armada). Y aunque el color prescrito para dichas distinciones es el carmesí, a nadie escapa su relación con la intención epopéyica que se remonta al llamado color púrpura, poco preciso al repartirse en tantos otros colores y matices *cuasi* sinónimos que más atrás hemos enumerado. Por fin, en el Consejo de Ministros celebrado el 21 de enero de 1989 se faculta al entonces titular de Defensa Narcís Serra a efectuar diversos cambios en la uniformidad de las Fuerzas Armadas. Y de un plumazo desaparece la banda y el cordón que durante casi medio siglo recordaba una guerra que, ante todo, había que superar y olvidar. Precisamente, el 21 de enero de 1989 quien suscribe este artículo andaba por la Antártida en misión de naturalista de la expedición española, tomándole el folio a petreles, pingüinos y ballenas. Sin duda que otra España nueva amanecía en aquellos días sin noche del Polo Sur.

Y ya que estamos inmersos en policromías y asombros, es interesante resaltar que en los gasterópodos (caracoles y caracolas, todos de raigambre



Bellísima foto del BIO *Las Palmas* barajando la mítica costa de Lockroy en la península Antártica en 1989. Una nueva España se asomaba al mundo de la ciencia, al concierto de las naciones. (Foto de autor desconocido, facilitada por el subteniente hidrógrafo José Mogica, a quien agradecemos la cortesía).

marina) y en muchos bivalvos se dan las mayores variedades de color, dibujo y formas caprichosas que puede haber en la naturaleza. Desde luego, no existe pintor más imaginativo ni arquitecto más vanguardista que fuera capaz de diseñar algo parecido a una de estas maravillas rampantes.

Pero al igual que sucede con la paloma que el prestidigitador extrae súbitamente de su chistera, resulta que con la apariencia de los moluscos también hay truco. Y bien gordo, por cierto. Es que ocurre que muchas especies de caracolas marinas esconden sus bellísimos e historiados vestidos a la mirada de los demás pobladores del bentos, tapándolos con un manto opaco formado por una membrana del periostraco, conocida también, equívocamente, como epidermis. Este aparente absurdo plantea la lógica duda de para qué se urdió tan aparatoso despliegue de adornos, dibujos y colores en estos preciosos animales marinos si no sirve para nada porque no se ve. Es como si el cuadro de *Las Meninas* se expusiera en el Museo de Prado detrás de una cortina. Lo primero que se preguntaría el asombrado visitante sería ¿para qué lo pintó Velázquez? Pues la ciencia, que se apoya en el principio de que todo en la naturaleza tiene que tener una razón de ser, aún no ha conseguido dar una explicación convincente al respecto, aunque sean innumerables los candidatos a resolver este enigma que, según opinión del doctor Valledor (comentario



En esta foto del doctor Valledor se muestran sendas conchas de unas orejas de mar de su colección de gasterópodos. Obsérvese la delicadeza y esplendor del nácar que fabrican en la cara interna de la concha.

personal al autor de este artículo), solo podría explicarse si admitimos que una parte considerable de los demás pobladores del bentos tiene la facultad de percibir los colores por medio de los sentidos del olfato y del gusto, explicación que, para un profano en la materia, puede resultar más un asunto de *meigas* que de la realidad que nos permite contemplar sentidos como los de muchos reptiles que «ven» a través de su lengua bífida y del llamado órgano de Jacobson, o los de la ecolocación de murciélagos, cetáceos, vencejos y guácharos que, a modo de perfectos radares, convierten el sonido en imagen instantáneamente. En definitiva, añade Valledor en un acto de humildad científica: «Nadie sabe nada de nada, y aun esto tampoco se sabe con certeza».

Y si el periostraco o exterior de muchas conchas, tan barroco y preciosista, podría parecer, en pura lógica, que tendría que estar destinado a deslumbrar a los demás pobladores de la mar (aunque no entendamos cómo), el endostraco o interior de esta intrincada arquitectura caliza se presenta en muchas especies tapizado por una de las sustancias más bellas que ha concebido la naturaleza, el nácar, cuyo primer objetivo es formar una especie de colchón, un suelo ideal, liso, pulido y sin rugosidades, sobre el que pueda estar en contacto, a salvo de abrasiones, el cuerpo viscoso, fofo y blandengue de unos moluscos que son tan febles y desleíbles porque se saben protegidos por una o por dos conchas externas.

Pero no para ahí la utilidad de la capa de nácar, dado que los moluscos marinos, como todos los seres vivos, pueden ser víctimas de multitud de pará-

sitos que intentan vivir a su costa colándose en su interior, o de cualquier otro cuerpo extraño que, ante la amenaza de perturbar su normal metabolismo, produce en el hospedante el consabido rechazo al no poder expulsarlo naturalmente. Entonces, y para defenderse de tan molestos intrusos, el molusco opta por rodearlos de sucesivas capas de nácar que terminan formando unos cuerpos esféricos que van creciendo en tamaño alrededor de los restos del atacante hasta convertirse en la regia cárcel que conocemos con el nombre de perlas.

Las joyas y las perlas han escrito sabrosos capítulos de la historia de España, algunos de ellos con más envidia que el Collar de la reina María Antonieta y sus dramáticas consecuencias sobre el egregio pescuezo que todos conocemos. Una de las perlas más famosas del mundo es «La Peregrina», cuyo andar penitencial comienza en 1515 cuando un esclavo la encuentra en una pesquería de la isla Margarita, en la costa de Paria, y al ser entregada al alguacil mayor de Panamá, Diego de Tebes, obtiene la condición de liberto porque la joya, en forma de lágrima y con un peso de 58,4 quilates según documentos de la época, no era cosa del montón y merecía premio. Años después, Tebes la hace llegar a Felipe II y el monarca se la regala a su fugaz esposa María Tudor, quien aparece lucíendola en un conocido lienzo de Antonio Moro que se exhibe actualmente en el Museo del Prado. A la muerte de la enfermiza soberana de Inglaterra e Irlanda, «La Peregrina» regresó a España, y en sendos retratos ecuestres de Diego Velázquez vemos, también en el Prado, a Felipe III con un vaporoso sombrero rematado por «La Peregrina» y en el otro lienzo a su esposa, la reina Margarita de Austria-Estiria montando a la amazona y con tan portentosa joya prendida en el pecho de su historiada vestimenta. Y también a



La celeberrima actriz de cine Elizabeth Taylor posa con un extraordinario collar, del que cuelga, en joyel, una bellísima perla con forma de lágrima, conocida también como «La Peregrina», regalo de su marido, el actor Richard Burton. (Fuente: Internet).

Isabel de Borbón, primera esposa de Felipe IV, que ahora luce la mítica perla colgada de un joyel en la cintura. Y por no alargar innecesariamente la relación saltamos a Goya, con los retratos de familia y de María Luisa de Parma, casada con Carlos IV, en alguno de los cuales también se deja ver la soberbia «Peregrina».

Y con Fernando VII comienza el misterio que desde hace dos siglos rodea a tan polémica y valorada joya, porque se sabe que el rey invasor José Bonaparte se apropió de ella para regalársela, cómo no, a su mujer, Julia Clary. Pero como, según Wenceslao Fernández Flórez, un amor para toda la vida dura dos años, y si es eterno, dos años y medio, el ínclito y abstemio Pepe Botella (dicen los sabios que no bebía ni una gota) se divorció de «la legítima», se echó una amante con menos trienios y menos arrugas que la repudiada y se fugó con ella, y «La Peregrina» en su cuello, a los Estados Unidos de América, país del que volvió tiempo después sin dicha señora pero con la codiciada perla en el bolsillo. Y el que durante cuatro largos años fue José Napoleón I de España la legó a Napoleón III, último emperador de Francia, y este se la vendió al potentado marqués de Abercom por aquello de «hacer caja» que son dos días. Y con «La Peregrina» realzando la belleza de la señora marquesa de Abercom en los saraos del Palacio de las Tullerías, la andariega perla continúa su misterioso periplo...

Pero a pesar de su carisma como joya de la Corona Española y su complicado peregrinaje por el mundo y también por el inframundo, su fama se debe en mayor parte a que otro personaje, menos distinguido pero sin duda más conocido, el de la celeberrima actriz Elizabeth Taylor, luciese con altivez «La Peregrina» hasta el día de su muerte, acaecida en Los Ángeles el 23 de marzo de 2011.

El caso es que en su segundo periplo a los Estados Unidos la egregia perla continuó su supuesta andadura el día 23 de enero de 1989 en una conocida casa de subastas de Nueva York y le fue adjudicada al actor Richard Burton, a la sazón marido de la bella Elizabeth, por la sonora cantidad de 37.000 dólares. Y aquí empieza lo más curioso: a esa puja acudió como licitador Alfonso de Borbón Dampierre, hijo del primogénito de Alfonso XIII y separado de Carmen Martínez-Bordiú, nieta de Franco, desde hacía diez años. Sorprendentemente, Alfonso dejó de pujar quince mil dólares antes que Burton. Y al día siguiente, 24 de enero, Luis Martínez de Irujo, duque de Alba, negó públicamente, como jefe de la Casa de la Reina Victoria Eugenia, la autenticidad de la perla subastada, reivindicando como auténtica «La Peregrina» que recibió la reina Victoria como regalo de bodas de su marido Alfonso XIII y que, en el mismo año de la subasta de la «perla americana» y mucho antes, veíamos lucir en los medios de comunicación social a nuestra Reina Sofía.

Seis días después de la antedicha subasta, el 29 de enero de 1989 moría Alfonso de Borbón Dampierre en un accidente de esquí en Estados Unidos, llevándose a la tumba la razón de su interés por tan controvertida joya.

Respecto a «La Peregrina española», llamémosla así, nuestra reina Victoria Eugenia se la legó a su hijo don Juan de Borbón y Battemberg, quien, a su vez, la cedió al suyo, nuestro actual Rey emérito Don Juan Carlos I.

Unos meses después de fallecer Elizabeth Taylor en 2011, «La Peregrina americana» fue subastada, junto a las demás joyas de la actriz, en la Sala Christie's, lote que se remató con un precio de martillo de nueve millones de euros. Y sobre la legendaria perla solo nos queda hacer conjeturas: es indudable que existen actualmente no una «Peregrina», sino dos, y que ambas son de magnífica calidad. También sabemos que hasta José Napoleón I de España la perla permaneció en



S. M. la Reina Doña Sofía luce un elegante collar del que cuelga la histórica y legendaria perla, propiedad de la Corona española desde 1515, conocida como «La Peregrina». (Fuente: Internet).

la Corona española, sin dudar de posibles duplicidades. Entonces, ¿pudo ser que algún devoto de Fernando VII le diese gato por liebre a Pepe Botella colándole un duplicado de la auténtica «Peregrina»? ¿O puede que como treta comercial se intentase sobrevalorar a nivel internacional la falsa perla apelando a su origen y permanencia en la Casa Real española?

El coronel que suscribe, que ha recorrido medio mundo, allá donde hubiere ido siempre encontró el nombre de nuestra Patria. Todo un orgullo para quien se honra de ser español. En Alaska, el glaciar Malaspina; en Mozambique, la reales huellas de tres de nuestros Felipes como reyes de Portugal; en las Azores, los vientos de nuestras velas guerreras; en Camboya, tropas españolas batallando en sus selvas; en las dos Américas, la crianza de la Madre Patria por doquier. ¿Y para qué continuar si incluso podemos afirmar que hasta en el escote de Elizabeth Taylor estuvo España?